CINECLUB NUCLEO

Fundación Sin Fines de Lucro
Declarada de interés especial por la Legislatura del Gobierno de la Ciudad

Exhibición n° 6484 Domingo 13 de Marzo de 2005
Temporada n° 52 **Cine GAUMONT**

CARTAS DE PARÍS (Depuis qu'Otar est parti..., Francia/Bélgica, 2003) *Dirección*: JULIE BERTUCELLI. *Argumento*: sobre una historia de Julie Bertucelli y Bernard Renucci. *Guión*: Roger Bohbot. *Fotografía*: Christophe Pollock. *Montaje*: Emmanuelle Castro. *Asistente de dirección*: Marine Kulumbegashvili. *Mezcla de sonido*: Thomas Gauder, Olivier Goinard. *Elenco*: Esther Gorintin (Eka), Nino Khomasuridze (Marina), Dinara Drukarova (Ada), Temur Kalandadze (Tengiz como Temour Kalandadze), Rusudan Bolqvadze (Rusiko como Roussoudan Bolkvadze), Sasha Sarishvili (Alexi como Sacha Sarichvili), Duta Skhirtladze (Niko como Douta Skhirtladze), Abdellah Moundy (Le berbère como Abdallah Moundy), Mzia Eristavi (Dora). *Diseño de producción:* Emmanuel de Chauvigny. *Productor*: Yael Fogiel. *Productor ejecutivo*: Jana Sardlishvili. *Productora*: Les Films du Poisson, arte France Cinéma, Entre Chien et Loup, Studio 99, Canal+, Centre National de la Cinématographie (CNC), Télédistributeurs Wallons, en colaboración con Radio Télévision Belge Francofone (RTBF). *Duración original*: 103'.

El film

El detalle más pequeño, el gesto más sutil, una intención apenas perceptible en la mirada, el roce de unas manos, la postura del cuerpo, el idioma callado de los objetos, el silencio. Son los materiales que Julie Bertucelli prefiere para elaborar su tersa escritura, para traducir en un lenguaje mucho más persuasivo y elocuente que el verbal, los sentimientos profundos de las tres mujeres que conviven en ese departamento de Tbilisi que la partida de Otar ha dejado sin hombres.

Por debajo de las tensiones banales de la convivencia diaria, de las vagas y contradictorias sensaciones (ilusión, postergación, nostalgia, frustración, fracaso, esperanza) que cada una guarda para sí, hay entre las tres un sincero lazo afectivo, y éste se manifiesta frecuentemente en las acciones, casi nunca en las palabras. Apresar ese lazo, convertir esos sobreentendidos en la sustancia de un film que no se encierra en un único tema e iluminarlo con ciertos destellos de melancólica poesía es el gran acierto de la joven realizadora francesa. **Cartas de París** es una pequeña joya. Sensible, tibia, aguda en su observación de las conductas, certera en la visión de la realidad, delicadamente conmovedora.

Mucho ha cambiado en la casa desde que Otar se fue a buscar en París -paraíso ilusorio que encendió desde siempre el sueño de toda la familia- el lugar que como médico no encontraba en Georgia. El sueño pervive en Eka, la anciana madre, aunque ella no crea del todo en las buenas noticias que le llegan en las cartas y las llamadas del ausente; alimenta la velada ilusión de su nieta, Ada, cuya pulida formación no alcanza a abrirle puertas en un país donde reina el caos, y acaso también subsista en el mustio corazón de Marina -hija de una, madre de la otra-, a quien la guerra de Afganistán dejó viuda y es consciente de haber vivido demasiado tiempo, como toda su generación, entre las viejas mentiras del estalinismo y las trampas nuevas del capitalismo mafioso.

Nada es fácil en Georgia, donde la luz se corta a cada rato, las comunicaciones telefónicas se interrumpen y las empleadas de correos recomiendan ir a una iglesia y encender una vela para asegurarse de que la correspondencia llegue a destino. Así y todo, cada una se las arregla para seguir adelante en el tibio refugio familiar donde se habla en francés, se lee a Proust y las bibliotecas desbordan de viejos tomos importados de París que lograron eludir el ojo censor de la dictadura. Marina tiene el sostén y la compañía de un hombre al que, desdichadamente, no ama y con quien revende objetos en un mercado de pulgas; Ada, su estudio, un noviecito que sueña con emigrar a Suiza y la secreta esperanza de un futuro mejor; Eka, las cartas de Otar, su oxígeno indispensable, razón decisiva para seguir viviendo.

Se comprende que la reacción de madre e hija cuando se enteran de la muerte del hombre en París sea ocultarle la verdad a la anciana. Una mentira más -al mismo

tiempo generosa y mezquina- que obliga a disimulos y artificios, genera penas y remordimientos y promueve alegrías efímeras, pero también termina por sacudir la pasividad y acelerar algún cambio; una mentira cuya fecha de vencimiento se teme y, en el fondo, también se desea.

Debajo de la aparente sencillez del cuento, cuya intriga emotiva tensa el relato de un extremo al otro, **Cartas de París** -fruto de un guión admirablemente escrito, pero también de una cámara que sabe mirar rostros y escenarios y que rechaza las notas falsas con el detallismo del documentalista- invita a percibir sus diversas resonancias. Habla de la mentira, de pérdidas y esperanzas, de los ilusorios paraísos que encandilan cuando se los ve de lejos, de la ausencia y del sueño, que siempre puede recuperarse. Bertucelli explora sentimientos con la madurez de quien sabe que la vida mezcla nobleza y egoísmo, compasión y mezquindad, tragedia y ridículo. Y si logra revelarlos con tanta delicadeza es también porque cuenta con tres actrices formidables, entre las cuales no cabe sino destacar a Esther Gorintin, la abuela de ojos húmedos y silueta encorvada cuya solitaria caminata por las calles de París será muy difícil de olvidar.

(Fernando López, en La Nación, Buenos Aires, 11 de noviembre de 2004)

Aunque la premisa es algo obvia, el retrato de las mujeres es muy incisivo. Bertucelli demuestra cómo las inseguridades y frustraciones amenazan a una familia pero, también, cómo logran fortalecer su unión. Las complejas dinámicas están bien expuestas por las sólidas interpretaciones de los tres roles principales. En particular, de Esther Gorintin, la mujer de noventa años que se las ingenia para ser, simultáneamente, fuerte y conmovedoramente sincera. De hecho, las escenas de Gorintin hacia el final de la película ofrecen los únicos momentos de emoción de esta muy dura disección de las relaciones familiares.

La cámara de Bertucelli está distante la mayor parte del tiempo, evitando sentimentalismos pero creando una atmósfera de pesadez que juega con los temas íntimos. Aún con sus defectos, sin embargo, **Cartas de París** vivirá largamente en nuestra memoria.

(Stella Papamichael, 20 de mayo de 2004, extraído de www.bbc.co.uk. Trad.: NT)

Julie Bertucelli, en este, su primer film de ficción (hasta ahora relacionada con el documental), logra tres magníficos retratos. Tres generaciones en espejo, que, en el fondo, se parecen tanto como se diferencian. La abuela, que no tiene nada que perder; la madre, una mujer sacrificada, todavía bella pero que sabe ya que ha pasado lo mejor de su vida; y la hija, en plena eclosión, que no necesita otra cosa que abrir sus alas para volar. Reina una delicadez infinita en la puesta en escena, una forma muy personal que la cineasta ha sublimado con discreto pudor.

Cartas de París cultiva lo no-dicho para revelar mejor la intimidad del alma, aquella que pasa por la vista o por el tacto. Esto se crea con pequeños gestos de ternura, como cuando Marina masajea los pies de su anciana madre. Ésta, Esther Gorintin, está irresistible en su papel, siempre brillante y coqueta. Gracias a esas tres actrices, Julie Bertucelli logra hacer existir intensamente a sus personajes. Ella consigue un film luminoso, un conmovedor acercamiento a la vida de la mujer en la Georgia de hoy.

(Laurence Berger, extraído de www.commeaucinema.com)

Los talentos se reconocen por sobre el tiempo y el espacio y uno adivina la identificación que podría sentir Roberto Cossa con una película como **Cartas de París**. Que probablemente por los azares de la creación y la coincidencia de sensibilidades artísticas tanto tiene en común con la inolvidable **Gris de ausencia** del gran dramaturgo argentino. Como en aquélla, afloran los contrastes generacionales, las confusiones de la Babel idiomática, la Patria arrasada, las dificultades de la comunicación y los sinsabores del exilio o los de la supervivencia.

Sólo que en **Cartas de París** el eje narrativo pasa por las deliciosas complejidades del alma femenina a través de tres generaciones de mujeres georgianas, luego de la disolución de la Unión Soviética. La más vieja, Eka (la polaca y tardía actriz Esther Gorintin), sufre de artritis y de la ausencia de su amado hijo Otar, que los dejó para irse a vivir a París.

La hija de aquélla —y hermana de Otar— es Marina (Nino Khomassouridze), todavía atractiva y parcialmente feliz con un hombre al que prefiere en la cama antes que dialogando. Marina es la madre de la más joven, Ada (Dinara Droukarova), bonita e instruida, y satisfecha al menos con tener sexo con otro muchacho dentro de un automóvil o donde se pueda.

Todas, como los nobles de aquella cumbre romántica y épica de La guerra y la paz, hablan y escriben francés con tanta facilidad como el georgiano: inclusive los anaqueles poblados de libros traídos de Francia parecen como un último lujo del que no pueden desprenderse, resabios de un pasado que ya se fue y al que todavía extrañan más por los cortes de luz o la sucesión de incomodidades y carencias.

Cartas de París, con un trío central de soberbias intérpretes, conmueve con recursos de encomiable profesionalidad. Y no deja de aprovechar la oportunidad de sus diálogos y hasta de un humor socarrón que resplandece en ciertos apuntes imperdibles: la manera en que la viejecita observa con desaprobación a la hija que le come un pedazo de torta, las reflexiones entre cínicas y realistas de Marina y aún la nostalgia ideológicamente confusa (pero tan humana) que Eka siente por esa otra ausencia, la del georgiano más tristemente célebre. Crímenes abominables o no, ella todavía cree que con Stalin estaban mejor.

(Anival Vinelli, Clarín, Buenos Aires, 11 de noviembre de 2004)

Usted puede confirmar la película de la próxima exhibición llamando al 48254102.

Todas las películas que se exhiben deben considerarse ***Prohibidas para menores de 18 años.***